

Endgame, de Samuel Beckett. 12 de marzo de 2023. Irish Repertory Theater, New York City



Pedro Larrea
University of Lynchburg, Estados Unidos
larrearubio_p@lynchburg.edu

Asistir a la representación de calidad de un “clásico” como *Final de partida* da pie a múltiples paradojas cuya sorpresa en el espectador suele evolucionar desde el conocimiento del texto leído y ya experimentado hasta la constatación de que levantarlos sobre las tablas confirma la poderosa lección, el rango de belleza o la vigencia de la obra, aciertos que el mismo autor probablemente calculó a ojo de buen cubero en su escritura original y que el espectador culto reafirma, extendiendo la vida de la obra hasta su siguiente representación. Pues bien, no es ese proceso exactamente el que he podido experimentar en este *Final de partida* dirigido por Ciarán O’Reilly, actor irlandés afinado en Estados Unidos y fundador en Nueva York del Irish Repertory Theater, casa dedicada a la producción teatral irlandesa de ambas orillas. Veamos por qué.

He de anotar desde el principio que mi impresión crítica es rotundamente positiva, y que esta producción off-Broadway de la obra de Beckett ha recibido aclamación universal, desde la academia hasta la prensa pasando por el público general y el boca a boca laudatorio de la calle (mi asistencia tiene lugar ya al final de la temporada). La interpretación del elenco es soberbia, el montaje maestro, la dirección técnica impecable, y el tempo ejemplar. El gran peso del triunfo interpretativo recae en los hombros del somero elenco de forma igualada: John Douglas Thompson en el papel de Hamm (con la presencia física de un barítono en ópera de Wagner); Bill Irwin en el de Clov (la mejor interpretación absoluta que disfruté en toda la temporada 2022-2023, sin olvidar que eso incluye la Nora de Jessica Chastain en la *Casa de muñecas* de Broadway y el Caballero del Cisne de Piotr Beczala en el *Lohengrin* de la Metropolitan Opera); Joe Grifasi como Nagg (quizá algo estentóreo en sus momentos más obvios de clown) y Patrice Johnson Chevannes como Nell (la interpretación más efusiva de los cuatro, pero sin cruzar más de lo debido la frontera de lo grotesco, esperable, claro, en Beckett, pero sutilísima de calcular). La escenografía, sin salirse de la clásica distribución del espacio en la mayoría de producciones (Hamm en el centro, Nagg y Nell en un lateral, enclaustrados en sus cubos, y Clov de

aquí para allá como el único personaje de movilidad propia) presenta un tinte apocalíptico que resulta en un énfasis de lo trágico sobre lo cómico: es un lugar y un tiempo patéticos los que se presentan a la mirada del espectador, pero sin perder jamás una esencia de dignidad última. A tal efecto confluyen la sobria paleta del premiadísimo Charlie Corcoran como escenógrafo; el certero vestuario de Orla Long, que añade al aspecto apocalíptico, consabido, de los habitantes de *Final de juego* un aire de aristócratas que hubieran sobrevivido hasta la última revolución, una elegancia en lo brutal del harapo; y la iluminación de Michael Gottlieb, que sabe llevarnos de la noche al día y del día a la noche (o, mejor, de la oscuridad a la luz y de la luz a la oscuridad, pues ese es el progreso/regreso de todos los personajes, quizá con excepción de Clov) de manera imperceptible pero existente, facilitando al público la impresión visual de “final” antes del “fin” (Esperando a Godot sería la ausencia de “final” frente a la “nada”) de decadencia dentro de la decadencia que bien podría ser el quid de este texto.

Sin embargo, y volviendo a mi idea principal, lo que ha hecho única mi experiencia estética y existencial de esta puesta en escena específica no proviene de lo que pasa en las tablas (maestro, acertado, rotundo, asegurado) sino lo que pasó en el patio de butacas. Cierto: no habría espacio en todo el papel o las nubes del mundo para agotar el debate sobre lo tragicómico en Beckett. Ahora bien, en esta ocasión mucho me pareció percibir que el público reía con lo trágico y sufría con lo cómico. No quiero decir, en absoluto, que no fuera esa precisamente la intención del autor. De hecho, es la misma Nell quien afirma en esta misma *Fin de partida* que “no hay nada más gracioso que la infelicidad,” pues:

NELL: Sí, sí, es la cosa más cómica del mundo. Y nos reímos, nos reímos, de voluntad al principio. Pero es siempre lo mismo. Sí, es como la historia graciosa que hemos oído demasiado a menudo: aún nos parece graciosa, pero ya no nos reímos.

Lo que quiero decir es que con el COVID fresco en las calles de New York City, las catástrofes forestales que Estados Unidos experimenta simultáneamente a este espectáculo del Irish Repertory, los huracanes e inéditas subidas de las aguas que han arrasado varias poblaciones del país, la así llamada post verdad y el carnaval deleznable de la política reciente, nacional e internacional, los espectadores de este de *Fin de partida* se ríen del apocalipsis mismo, no de las actitudes y circunstancias “tragicómicas” que los personajes de Beckett adoptan y definen para ellos en la escena. Es decir, este público no ha podido reírse de la infelicidad: parece haberse vuelto invulnerable frente a ella. Y desde el momento en que el teatro de Beckett es un escándalo que debe impregnarse en la ropa del público y acompañarlo más allá de la función, cuando no puede estar seguro de que la ficción beckettiana sea no sólo ficción sino visión, augurio de

cómo es el mundo o, más certeramente, cómo lo estamos haciendo, puedo decir que esta puesta en escena ha fracasado. Este *Fin de partida*, impoluto en la técnica escénica, lección ininterrumpida de excelencia actoral, ha sido “disfrutado” por un público que hoy sufre más con el *Endgame* del Capitán América y compañía que sufre o se ríe con el *Endgame* de Samuel Beckett. En conclusión: de puertas del teatro para adentro, el arte ha sido magistral; de puertas para afuera, Beckett no existe en las calles atiborradas de franquicias, calentamiento global y subida del nivel del agua en esta ciudad de Nueva York en la que Beckett parece ser uno más de entre los inofensivos. ¿Veredicto final? Esta producción supone tanto un triunfo del arte dramático (que haya más Beckett así, por favor) como un fracaso estrepitoso de la mayoría del público. Aunque quizá el irlandés, si es que sigue esperando en alguna parte, se esté partiendo a carcajadas y muecas.